Comunión

Catequesis sobre la Eucaristía

INPAS
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

24

COMUNIÓN

La comunión es el momento culminante de toda celebración. A ella lleva toda la dinámica de la Eucaristía, desde la acogida inicial. Y no puede ser de otra manera, la comunión es la meta del ritual de la amistad.

Comunión es lo que más desea el esposo con su esposa. Comunión es el anhelo más profundo de una familia. Comunión es la añoranza de todos los pueblos. Comunión en vez de confrontación. Comunión en vez de división. Una comunión que exprese la polifonía de la diversidad en la admirable armonía del amor compartido.

Esto es lo que vivimos y celebramos al hacer Eucaristía. Y por eso no comulgamos sin antes haber reconocido nuestras culpas, al comenzar la Santa Misa, y confesar abiertamente que "Señor, yo no soy digno" antes de acercarnos al altar.

La Iglesia siempre ha sentido profunda veneración por "los misterios del Cuerpo y de la Sangre de Cristo" y nos invita amablemente a la Mesa de la Comunión. Pero para ello hay que aprender a discernir el Cuerpo del Señor como lo pide San Pablo a los que se reunían a comer antes de realizar la Eucaristía.

La crítica no era por la hora de ayuno previa a la comunión o para saber si la gente se había confesado o no antes de comulgar. Ni siquiera los reprende por las divisiones que hay entre ellos "porque es inevitable que las haya… para que se vea quienes son los auténticos cristianos" (1 Corintios 11, 17).

La crítica severa apunta hacia aquellos que se hartan de comida mientras otros pasan hambre en su misma asamblea. "Y así resulta que, cuando ustedes se reúnen no comen la Cena del Señor […] ¿Es que acaso no tienen sus casas para comer y beber? ¿Es que menosprecian a la asamblea de Dios y avergüenzan a los que nada poseen? No. En esto no los puedo alabar" (1 Corintios 11, 21-22).

A veces perdemos el tiempo discutiendo si hay que comulgar en la boca o en la mano, hincados o parados, asuntos que son totalmente secundarios y en que corresponde respetar las diversas sensibilidades. A veces no nos acercamos a la Mesa del Señor porque faltamos sin culpa un Domingo a Misa. Pero lo que suele olvidársenos a todos, es que no es lícito comulgar si uno no quiere entrar en comunión.

Comulgar el Cuerpo de Cristo es comulgar con Él: con toda su persona, con su humanidad y con su divinidad, con su Presencia Real y su presencia histórica. Es comulgar con los sentimientos de Jesús y son su Cuerpo Sacramental –su Cuerpo Místico– que es la Iglesia.

Que haya pobres y excluidos en el mundo es problema grave que a todos nos concierne. Que haya pobres en la Iglesia es un pecado que clama al cielo. Los que partimos el mismo Pan no podemos despreciarnos ni resultar indiferentes.

En palabras de San Pablo "quien coma el pan y beba de la copa indignamente, es reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor [...] pues quien no reconoce el Cuerpo [del Señor] se come y bebe su propia condena" (1 Corintios 11, 27-28).

Yo soy el Pan de Vida, dice el Señor, y el que come de este Pan aunque haya muerto vivirá. Lo importante es comerlo con humildad, con el corazón abierto a los demás y con los labios que confiesan la Presencia Real del Señor.

Es así como la Eucaristía construye a la Iglesia, y la Iglesia celebra a su Señor.

Sugerencias:

1. Canto: "Bendigamos al Señor".

2. Dar especial importancia al saludo de paz, como gesto de reencuentro, de perdón y reconciliación. Y hacer una colecta que vaya en favor de los más necesitados de la propia comunidad.